

gos, Monte Carmelo, 2011; Pedro RODRÍGUEZ, “El doctorado de san Josemaría en la Universidad de Madrid”, *SetD*, 2 (2008), pp. 13-103.

Benito BADRINAS

INFANCIA ESPIRITUAL

1. Claves de la doctrina de san Josemaría.
2. Fuentes. 3. Contenidos.

La noción de “infancia espiritual” está presente en la reflexión cristiana al menos desde la Edad Media, unida ya desde entonces, por ejemplo, a la devoción al Niño Jesús (cfr. POURRAT, 1956), pero su desarrollo, así como el uso habitual de la expresión, son más tardíos y han de situarse en el entorno del siglo XVII. Su divulgación en la literatura espiritual sólo tendrá lugar, sin embargo, en los primeros decenios del siglo XX, gracias, sobre todo, a la difusión de las enseñanzas de santa Teresa de Lisieux (1873-1897), quien describirá la infancia espiritual como “el camino de la confianza y del total abandono” en Dios (Santa Teresa de LISIEUX, 1996, p. 826). San Josemaría entronca con esa tradición espiritual, aunque con acentos propios.

1. Claves de la doctrina de san Josemaría

Los autores que han abordado el tema –no obstante la diversidad de sus perspectivas– suelen coincidir en que la infancia espiritual: a) hunde sus raíces en la revelación bíblica, especialmente en el Nuevo Testamento; b) halla su fundamento teológico en el don y en la noción de la filiación divina adoptiva; y c) expresa una característica de la relación del cristiano con Dios que nada tiene de infantilismo, sino que requiere y denota una profunda madurez espiritual (cfr. BERROUARD, 1960; cfr. SAINTE-MARIE – BERNARD, 1960).

En la vida y en la doctrina de san Josemaría están presentes esos aspectos con particular evidencia. Conforme a la enseñanza del Maestro, de que es preciso ha-

cerse como un niño para poder entrar en el reino de los cielos (cfr. Mt 18, 2-4; Mc 9, 36 y 10, 14-15; Lc 18, 16), la infancia espiritual es en san Josemaría sinónimo de profundo sentido filial y de completo abandono en las manos paternales de Dios, bajo la acción de la gracia. Así, por ejemplo, lo expresan estas palabras: “Si nos dejamos guiar por ese principio de vida presente en nosotros, que es el Espíritu Santo, nuestra vitalidad espiritual irá creciendo y nos abandonaremos en las manos de nuestro Padre Dios, con la misma espontaneidad y confianza con que un niño se arroja en los brazos de su padre. *Si no os hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos* (Mt 18, 3), ha dicho el Señor. Viejo camino interior de infancia, siempre actual, que no es blandenguería, ni falta de sazón humana: es madurez sobrenatural, que nos hace profundizar en las maravillas del amor divino, reconocer nuestra pequeñez e identificar plenamente nuestra voluntad con la de Dios” (ECP, 135).

En este sentido, la infancia espiritual presenta unas evidentes claves de fondo. Ante todo, tener una viva conciencia de haber sido elevados en Cristo, por el Bautismo, a la condición de hijos de Dios. Y también, inseparablemente, actuar con la plena confianza de que, a quien lucha por comportarse de acuerdo con esa condición filial sobrenatural, Dios le atrae hacia Él por el mismo camino, recio y a veces costoso, aunque también amable y seguro, que ha dejado abierto en la tierra el propio Hijo de Dios. Filiación divina e infancia espiritual no se identifican. La primera es común a todos los cristianos, que son hijos de Dios, y están llamados a crecer en la conciencia de esa filiación, como consecuencia de haber recibido la gracia del Bautismo. La segunda es un cambio en camino al que no todos están llamados, o al que están llamados de diversas maneras. Sin embargo, se relacionan íntimamente.

“La vida de oración y de penitencia, y la consideración de nuestra filiación divi-

na, nos transforman en cristianos profundamente piadosos, como niños pequeños delante de Dios (...) y para que el hijo pueda confiarse en los brazos de su padre, ha de ser y sentirse pequeño, necesitado. Frecuentemente he meditado esa vida de infancia espiritual, que no está reñida con la fortaleza, porque exige una voluntad recia, una madurez templada, un carácter firme y abierto” (ECP, 10).

Habiendo recorrido ampliamente ese camino durante toda su vida, san Josemaría aconsejaba también seguirlo a todos, si bien dejando la más plena libertad. “No es mi intención *uniformar* las almas”, decía, y enseñaba que nadie debe ser forzado a seguir “la vida de infancia espiritual (...), ni ninguna otra vía espiritual determinada” (CECH, p. 916). Los hijos de Dios, repetía, no necesitan un método específico para tratar a su Padre: hay muchas formas personales de vivir en un diálogo constante con el Señor (cfr. AD, 255). Su consejo, como se puede leer en el primer punto de *Camino* dedicado a la infancia espiritual, será: “Procura conocer la «vía de infancia espiritual», sin «forzarte» a seguir ese camino. –Deja obrar al Espíritu Santo” (C, 852).

2. Fuentes

Como en otros tantos aspectos de la enseñanza de san Josemaría y de sus eventuales fuentes, lo más prudente es afirmar que su propia experiencia espiritual es la fuente decisiva de cuanto enseña sobre la vida de infancia. Lógicamente, como persona nacida y educada en el seno del catolicismo, y como sacerdote de alta preparación humanística y teológica, su doctrina sobre los diversos elementos de la vida cristiana está completamente inmersa en la Tradición de la Iglesia, y como tal dice relación con lo que enseña el Magisterio y con lo que han expresado otros autores, o mejor aún, otros santos. Pero se trata de una relación de contornos amplios. Dentro del gran ámbito de la doctrina

y de la espiritualidad católicas, donde se comparten nociones, esquemas de fondo e incluso terminologías, se establecen sinergias que se remontan al Evangelio y se respira una atmósfera intelectual común; la enseñanza y el lenguaje de san Josemaría guardan necesaria semejanza con los de otros maestros espirituales, pero se trata de una semejanza en bastantes ocasiones más externa que interna, más evidente en lo común que en lo propio o singular.

Concretamente, en lo que se refiere a la doctrina acerca de la “vida o vía de infancia”, de la “infancia espiritual”, etc., aunque pudiera pensarse en una relación directa con el “caminito de infancia” de santa Teresita del Niño Jesús, es fácil comprobar que ambos santos nos han dejado enseñanzas más análogas que idénticas, es decir, semejantes en algunos aspectos aunque diferentes en otros. En realidad, san Josemaría comenta que no fue en los libros donde conoció el camino de infancia, y que, sólo después de haberle Dios inspirado esa vía, se dio cuenta de su parecido con el caminito de Teresa de Lisieux (cfr. AVP, I, p. 415).

La matriz existencial de la vida de infancia espiritual en san Josemaría, del verse como un niño pequeño delante de Dios, parece tener un primer origen en su propia experiencia infantil en el seno de su vida familiar. Él mismo recordaba, en efecto, la completa seguridad que sentía en su niñez cuando estaba en los brazos de su padre. Así también fue creciendo, en su vida espiritual, con ayuda de la gracia, la confianza y seguridad en la protección y el cariño paterno de Dios. También le ayudó a hacerse espiritualmente niño delante de Dios su intenso trabajo sacerdotal, en años de juventud, entre niños de todas las edades, a los que enseñaba y confesaba. De ellos, de su candidez y sinceridad, aprendió a vivir facetas de su trato filial con Dios (cfr. ECHEVARRÍA, 2000, p. 206). Sobre esos fundamentos, y ante la amorosa exigencia de realizar la Voluntad divina, manifestada en

las luces fundacionales del Opus Dei, fue intensificándose en su alma esa profunda vivencia espiritual. “Nacía en mi alma la necesidad, al ser hijo de Dios, de ser un hijo pequeño, un hijo menesteroso. De ahí salió en mi vida interior vivir mientras pude –mientras puedo– la vida de la infancia, que he recomendado siempre a los míos, dejándolos en libertad” (AVP, I, p. 404).

Entre octubre de 1931 y marzo de 1932 atravesó un período de especial intensidad en la vivencia de la infancia espiritual, un tiempo singular de gracia que fue precedido y acompañado de una gran profundización en la paternidad divina y la consiguiente filiación adoptiva. El “descubrimiento” de la vida de infancia de Cristo –“vinculado a la contemplación reiterada de una imagen del Niño Jesús” (CECH, p. 914)– informó intensamente su vida interior y echó raíces profundas en su alma (cfr. AVP, I, p. 407). Es de esta época el libro *Santo Rosario*, en el que invita al lector a acompañarle y a contemplar los misterios de la vida de Cristo como si ambos fuesen niños. San Josemaría redactó el libro de un tirón durante la novena de la Inmaculada de 1931. Había hecho una petición a Nuestra Señora: “Madre Inmaculada, Santa María: algo me darás, Señora, en esta novena a tu Concepción sin mancha (...) te expongo este deseo de llegar a la perfecta infancia espiritual” (AVP, I, p. 409). Le fue concedido lo que suplicó, y a través de este pequeño libro –en cuyo prólogo escribe: “si tienes deseos de ser grande, hazte pequeño”–, dejó una expresión perenne de su camino de infancia.

Siempre se vio ante Dios como un niño –y, como tal, un “instrumento inepto”– que tenía que llevar a cabo una misión superior a sus fuerzas. “Mi oración, ante cualquier circunstancia, ha sido la misma, con tonos diferentes. Le he dicho: Señor, Tú me has puesto aquí; Tú me has confiado eso o aquello, y yo confío en Ti. Sé que eres mi Padre, y he visto siempre que los pequeños están absolutamente seguros de

sus padres” (AD, 143). Y también aconsejó siempre a los demás ejercitarse en esa misma disposición de sencilla confianza en Dios. En 1964, por ejemplo, escribía: “¡Que seáis muy niños! Y cuanto más, mejor. Os lo dice la experiencia de este sacerdote, que se ha tenido que levantar muchas veces a lo largo de estos treinta y seis años (...) que lleva tratando de cumplir una Voluntad precisa de Dios (...). Persuadíos de que es el único remedio para que nuestra manera de obrar sea buena, sea grande, sea divina” (AD, 147). Y, en el ocaso de su vida terrena, decía en confidencia: “A la vuelta de cincuenta años, estoy como un niño que balbucea” (CECH, p. 917).

3. Contenidos

La continuidad en su trato confiado y filial con Dios se manifiesta también claramente en los textos de san Josemaría referidos a esta enseñanza, en los que, desde los primeros a los últimos, puede apreciarse una misma formulación de la doctrina, sin más variación que la debida a los diversos estilos literarios de sus obras. Su enseñanza está ya perfectamente expuesta en *Camino*, donde se dedican dos capítulos a la infancia espiritual (cfr. C, 852-874, 875-901). Los contenidos del primero de ellos sirven más bien para describir los rasgos definitorios de la noción, mientras que en el segundo se presta atención sobre todo a su puesta en práctica (cfr. CECH, p. 913).

Infancia espiritual significa para san Josemaría, ante todo, amor a Dios: un amor sin medida (cfr. C, 885, 894), que vemos dibujado en estas palabras: “A veces nos sentimos inclinados a hacer pequeñas niñadas. –Son pequeñas obras de maravilla delante de Dios, y, mientras no se introduzca la rutina, serán desde luego esas obras fecundas, como fecundo es siempre el Amor” (C, 859). Por fundarse en el amor, se traduce también, como ya hemos dicho, en abandono filial, un abandono alejado de cualquier aire de «puerilidad»: “Camino de infancia. –Abandono. –Niñez

espiritual. –Todo esto no es una bobería, sino una fuerte y sólida vida cristiana” (C, 853), que consiste en un “camino cuerdo y recio que, por su difícil facilidad, el alma ha de comenzar y seguir llevada de la mano de Dios” (C, 855). Pide, pues, un compromiso de toda la persona, sumisión del entendimiento y de ejercicio de la voluntad: “Para sujetar el entendimiento se precisa, además de la gracia de Dios, un continuo ejercicio de la voluntad (...) dándose, por consecuencia, la paradoja de que quien sigue el “Caminito de infancia”, para hacerse niño, necesita robustecer y virilizar su voluntad” (C, 856). La sumisión del entendimiento es una consecuencia de la “primacía total y absoluta que tiene la fe–confianza dentro del camino de infancia espiritual (...) se rinde la inteligencia, porque en su no entender «sabe», que Dios «sabe más»” (CECH, p. 919).

En la doctrina sobre la infancia espiritual que enseña san Josemaría, es decisivo el abandono en Dios, pero también la audacia espiritual y apostólica de quien sabe que todo lo puede en Dios: “Niño, cuando lo seas de verdad, serás omnipotente” (C, 863). Por esa razón, lleva a enfrentarse valerosamente a los obstáculos: “Ser pequeño: las grandes audacias son siempre de los niños. –¿Quién pide... la luna? –¿Quién no repara en peligros para conseguir su deseo? ¡«Poned» en un niño «así», mucha gracia de Dios, el deseo de hacer su Voluntad (de Dios), mucho amor a Jesús, toda la ciencia humana que su capacidad le permita adquirir... y tendréis retratado el carácter de los apóstoles de ahora, tal como indudablemente Dios los quiere” (C, 857).

Pequeñez y grandeza, humildad y audacia, debilidad y reciedumbre, voluntad enérgica y docilidad (C, 871), sencillez y prudencia, alegría íntima en el sufrimiento (C, 873): esas aparentes paradojas –que reflejan el espíritu del Evangelio y de las bienaventuranzas (cfr. ARELLANO, 1988, p. 169)– van mostrando los perfiles de la

infancia espiritual. Su raíz profunda es la filiación divina; su fundamento operativo necesario es la humildad de la criatura que se abre a la grandeza de Dios. Va siempre acompañada de una fe firme, de una esperanza inquebrantable y de un amor tierno y fuerte, que ponen en quienes se saben hijos pequeños de Dios una particular facilidad para olvidar las penas y descubrir en todo motivos de alegría, de optimismo y de perseverancia, sobre todo, en el pedir: “Perseverar. –Un niño que llama a una puerta, llama una y dos veces, y muchas veces..., y fuerte y largamente, ¡con desvergüenza! Y quien sale a abrir ofendido, se desarma ante la sencillez de la criaturita inoportuna... –Así tú con Dios” (C, 893).

La noción de infancia espiritual está caracterizada también en la doctrina de san Josemaría por una intensa acentuación mariana. El abandono en manos de Dios es, al mismo tiempo, por indiscutibles razones teológicas, abandono en las manos maternas de María: “forma suprema de la vida teologal” (ARELLANO, 1988, p. 167). San Josemaría ruega ese don filial a la Madre de Dios y de los hombres: “Infancia sobrenatural: vida de Fe, vida de Amor, vida de Abandono. Fiat. Madre Inmaculada, ¡Tú lo harás!” (CECH, p. 24). Y lo vivió acogiéndose a su maternal protección (cfr. C, 884, 898; AD, 290). Ella es Modelo de humilde confianza en Dios: “El canto humilde y gozoso de María, en el «Magnificat», nos recuerda la infinita generosidad del Señor con quienes se hacen como niños, con quienes se abajan y sinceramente se saben nada” (F, 608). Y es también Maestra en el arte de hacerse como niños ante Dios: “el misterio de María nos hace ver que, para acercarnos a Dios, hay que hacerse pequeños. *En verdad os digo* –exclamó el Señor dirigiéndose a sus discípulos–, *que si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos* (Mt 18, 3). Hacernos niños: renunciar a la soberbia, a la autosuficiencia; reconocer que nosotros solos nada podemos, porque necesitamos de la gra-

cia, del poder de nuestro Padre Dios para aprender a caminar y para perseverar en el camino. Ser pequeños exige abandonarse como se abandonan los niños, creer como creen los niños, pedir como piden los niños. Y todo eso lo aprendemos tratando a María” (ECP, 143). La hija predilecta de Dios es el prototipo de la vida de infancia.

Voces relacionadas: Abandono; Cosas pequeñas; Dios Padre; Filiación divina.

Bibliografía: C, 852-901 y *passim*; F, 345-354 y *passim*; AVP, I, pp. 404-422; CECH, pp. 913-928; SRECH, *passim*; Jesús ARELLANO, “Espíritu de abandono y vida de infancia espiritual”, en José MORALES (coord.), *Estudios sobre Camino*, Madrid, Rialp, 1988, pp. 113-172; Marie François BERROUARD, “Enfance Spirituelle”, en DSp, IV, 1960, cols. 682-705; Santa Teresa DE LISIEUX, *Obras Completas*, Burgos, Monte Carmelo, 1996; Pierre POURRAT, “Enfance”, en *Catholicisme*, IV, Paris, Letouzey et Ané, 1956, cols. 132-137; François SAINTE-MARIE - Charles BERNARD, “Enfance Spirituelle”, en DSp, IV, 1960, cols. 705-714.

Maria Helena GUERRA PRATAS

INHABITACIÓN TRINITARIA

1. El hecho de la inhabitación de la Trinidad en el alma. 2. La inhabitación como identificación con Cristo en los sacramentos. 3. El papel del Espíritu Santo. 4. Consecuencias de la inhabitación.

La inhabitación de Dios en el alma en gracia es, sobre todo, una verdad de origen bíblico: ciertamente una expresión tan llena de significado sobrenatural no puede provenir de la simple reflexión teológica. La gracia santificante comporta fundamentalmente una identificación con Cristo por la que llegamos a ser hijos en el Hijo. Esta nueva generación que nos constituye en hijos de Dios no es una acción transeúnte divina, como lo es la generación humana, sino algo que permanece en nosotros,

acción continua de Dios en el alma. San Josemaría, especialmente consciente de esta condición filial, tiende a verla siempre como algo especialmente íntimo en la relación de cada cristiano con Dios Padre, que crea una comunión de vida en la que se da un contacto inmensamente más íntimo que el que existe entre un padre y un hijo en la tierra, debido al hecho de que la paternidad divina empapa, por así decirlo, toda la vida del cristiano: “Todos los hombres son hijos de Dios. Pero un hijo puede reaccionar, frente a su padre, de muchas maneras. Hay que esforzarse por ser hijos que procuran darse cuenta de que el Señor, al querernos como hijos, ha hecho que vivamos en su casa, en medio de este mundo, que seamos de su familia, que lo suyo sea nuestro y lo nuestro suyo, que tengamos esa familiaridad y confianza con Él que nos hace pedir, como el niño pequeño, ¡la luna!” (ECP, 64).

1. El hecho de la inhabitación de la Trinidad en el alma

Una de las formas más profundas y significativas que la Sagrada Escritura usa para referirse a esta intimidad divina es precisamente el concepto de inhabitación, obviamente no en cuanto objeto de especulación teológica o de búsqueda de una teoría que pueda iluminar racionalmente el hecho, sino en relación a la existencia misma del fenómeno, a su finalidad y a sus consecuencias. Desde esa misma perspectiva habla san Josemaría: “El Dios de nuestra fe no es un ser lejano, que contempla indiferente la suerte de los hombres: sus afanes, sus luchas, sus angustias. Es un Padre que ama a sus hijos hasta el extremo de enviar al Verbo, Segunda Persona de la Trinidad Santísima, para que, encarnándose, muera por nosotros y nos redima. El mismo Padre amoroso que ahora nos atrae suavemente hacia Él, mediante la acción del Espíritu Santo que habita en nuestros corazones” (ECP, 84).

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.